

**Blas Pascal.**

Pascal era uno de los físicos y matemáticos más eminentes de su época y uno de los más grandes escritores místicos en la literatura Cristiana. Sus trabajos religiosos son personales en su especulación sobre materias más allá de la comprensión humana. El es generalmente catalogado como uno de los mejores polemistas franceses, especialmente en las Cartas provinciales, un clásico en la literatura de irónica. El estilo de prosa de Pascal se nota por su originalidad y, en particular, por su carencia total de artificio. El afecta sus lectores por su uso de lógica y la fuerza apasionada de su dialéctica.

A los 11 años participaba en reuniones científicas de Mersenne, origen de la futura academia de las ciencias, y descubrió y demostró por su propia cuenta la proposición de del libro I de los elementos de Euclides.

Con todo esto recorrido no tubo el mismo interés por la ciencia que Descartes; mucho más escéptico que este sobre el alcance posible de nuestro conocimiento del mundo, concibió a la ciencia como una actividad destinada a aportar resultados aproximados sobre algo, capaces de guiar la acción humana, pero de no poder expresar la esencia última de las cosas.

Sus trabajos relacionados con problemas muy diversos de la matemáticas y de la física, incidieron decisivamente en el posterior desarrollo de la ciencia de su tiempo. En 1640 publicó Essai Pour les coniques, donde además de recoger diversos teoremas de Desargues y los griegos, demuestra el llamado teorema del hexágono de Pascal, según el cual los tres pares de lados opuestos de un hexágono inscrito en una cónica se cortan en puntos alineados. De este teorema se derivó cerca de 400 proposiciones acerca de las cónicas. En 1649 verificó las conclusiones de Torricelli sobre la presión atmosférica con la celebre experiencia del puy de dome. Su más completa contribución a la hidrostática esta contenida en el traite de lequilibre des liqueurs (1653) Estudio que comprende un calculo de la presión atmosférica y diversas observaciones relativas a la estática de los fluidos entre las cuales el famoso principio pascalino sobre la transmisión de las presiones en los líquidos.

Se puede considerar a Pascal como fundador del calculo de probabilidades, formulado en 1654 como "geometría del azar" en su correspondencia con Fermat.

El traite du triangle arithmetique, que prolonga estas ideas, muestra la importancia del triángulo en cuestiones tales como el calculo combinatorio y el calculo de la potencia de un binomio.

Desde 1654 interrumpió casi por completo su labor científica aunque aporó en 1658 otro trabajo fundamental las lettres de A. Dettonville contentant quelques unes de ses inventions de geometrie donde resuelve varios problemas relacionados con la cicloide que el mismo había propuesto a los más importantes científicos de su tiempo y que ninguno de ellos había logrado desentrañar.

Su pensamiento se encuentra determinado por su condición de científico que desconfiaba de la razón para abarcar los problemas últimos de la vida y por su profunda religiosidad en la que encuentra la salvación para no caer en la filosofía de lo absurdo. Todo ello le conduce a admitir 2 principios de conocimiento: el esprit geometrique (razón), orientada a las razones científicas y el esprit de finnesse (Corazón), en el que se dan en forma de intuiciones los principios básicos para la comprensión de la vida e incluso aquellos principios fundamentales de que arranca toda ciencia.

Su doctrina filosófica esta encaminada a una apología del cristianismo.

En 1646 tomo contacto con la religión a través de las obras de A. Arnauld se convirtió al jansenismo y arrastró con el a toda su familia.

En 1654 después de un periodo dedicado a la vida en sociedad, acaece su segunda conversión, a consecuencia de una segunda experiencia religiosa ocurrida la noche del 23 de noviembre del mismo año. A partir de esa fecha se intensifico su vida en la piedad, pero su tarea como apologista nace a partir de las acaloradas discusiones con los jansenistas, en las que interviene a favor de A Artour, jansenista radical, se negó a aceptar las condenaciones de las proposiciones de Agustín de Jansenio, a la vez que condenaba los excesos de algunos miembros de port royal en contra de la iglesia. En cuanto a su filosofía esta versaba en contra de el intelectualismo cartesiano y cuya finalidad era exclusivamente apologética, puede citarse la teoría acerca de la s 2 facultades del conocimiento, su idea del hombre como ser desgarrado de 2 infinitos que son lo superior y lo inferior, la superación del escepticismo y la paradoja humana por la fe, su teoria de que el valor supremo es la santidad sus concepciones se encuentran mayormente expresadas en Lettres du Louis de Montalte a un provincial du ses amis et aux reverenders peres jesuites sur la morale et la politique de ces Peres y penses sur la religion.

Pascal fue un hombre educado por su padre, quien le dio una formación más científica que humanista, al principio su mayor interés estuvo centrado en las matemáticas y en la física; a los 16 años escribió su "Ensayo sobre las cónicas", a los 18 años inventó una máquina calculadora y llevó a cabo numerosos experimentos científicos expuestos en el "Tratado sobre el peso de la masa del aire" y en el "Tratado sobre el equilibrio de los líquidos". Esta inclinación por las ciencias no le abandonó en toda su vida, por lo que en su período de madurez estuvo ocupado en la investigación del cálculo de probabilidades y otros inventos. En 1654 experimentó una crisis religiosa de la que dio testimonio en un escrito que se halló a su muerte cosido a sus ropas. Al intensificarse su piedad, ingresó en la comunidad de solitarios de la abadía de Port-Royal. Desde este centro religioso e intelectual se entablaron una

serie de polémicas con los jesuitas, en torno al pecado y a la salvación, en las que intervino Pascal con la publicación de sus famosas "Cartas provinciales", verdadero monumento de la literatura francesa y universal. A este último período de su vida corresponden los "Pensamientos" y otros escritos menores.

Según Pascal, tanto la razón como el corazón son dos formas igualmente válidas de conocer, y tal vez el segundo es superior a la abstracción racional, como lo expuesto al decir: " Conocemos la verdad no sólo con la razón, sino también con el corazón " y " el corazón tiene sus razones que la razón no conoce ". Ambos conducen igualmente a la verdad, aunque con lógica y mecanismos diferentes, y la certeza, evidencia y firmeza de los resultados es la misma. Por medio del corazón se alcanza la realidad en su singularidad y se llega al mimo Dios, el cual se manifiesta al hombre en su totalidad a través del corazón. A esta manifestación y captación de Dios por medio del corazón Pascal la denomina fe, principio necesario para poder vivir como hombres y llegar a la divinidad. Mediante esta fe y este conocimiento por sentimiento no se opera sólo con una parte del hombre, como ocurre con el conocimiento abstracto y racional, sino que es toda la persona la que se pone en juego para alcanzar la verdad.

Ahora bien, la fe en Dios, la captación de ese Dios que es lo más importante para la vida del hombre, no se concede gratuitamente y sin esfuerzo, ya que es preciso buscarlo con ahínco. Esta búsqueda se lleva a cabo partiendo del reconocimiento de la grandeza y miseria del hombre, el cual se halla entre el infinito y la nada. El punto de partida, por lo tanto, consiste en reconocer los límites en que se encuentra sumido el hombre. Tal reconocimiento es siempre doloroso y constituye una prueba de ello la "diversión" por la cual el hombre se entrega a una extroversión o diversión, para huir de sí mismo, de la felicidad y de Dios. Tiene que volver por sí mismo, reconocer sus propias limitaciones, buscar sinceramente a Dios y aceptar las razones del corazón que le ponen en contacto con él.

Pascal trabajó en las secciones cónicas y desarrolló importantes teoremas en la geometría proyectiva. En su correspondencia con Fermat dejó la creación de la Teoría de la probabilidad.

El padre de Pascal, Étienne Pascal, tenía una educación ortodoxa y decidió educar el mismo a su hijo. Decidió que Pascal no estudiara matemáticas antes de los 15 años y todos los textos de matemáticas fueron sacados de su hogar.

Pascal, sin embargo, sintió curiosidad por todo esto y comenzó a trabajar en geometría a la edad de 12 años. Descubrió que la suma de los ángulos de un triángulo corresponden a dos ángulos rectos y cuando su padre comprobó esto se enterneció y entregó a Pascal un texto de Euclides.

A la edad de 14 años Pascal acudía a las reuniones con Mersenne. Mersenne pertenecía a una orden religiosa de Minims y su cuarto en París era un lugar frecuente de reuniones para Fermat, Pascal, Gassendi, y otros.

A la edad de 16 años Pascal presentó sólo un trozo de papel con escritos a las reuniones con Mersenne. Contenía un número de teoremas de geometría proyectiva, incluyendo incluso el hexágono místico de Pascal.

Pascal inventó la primera calculadora digital (1642). El aparato llamado Pascaline, se asemejaba a una calculadora mecánica de los años 1940.

Fomentó estudios en geometría, hidrodinámica e hidrostática y presión atmosférica, dejó inventos como la jeringa y la presión hidráulica y el descubrimiento de la Ley de Presión de Pascal.

Su más famoso trabajo en filosofía es Pensées, una colección de pensamientos personales del sufrimiento humano y la fe en Dios. "Si Dios no existe, uno no pierde nada al creer en él, mientras que si existe uno pierde todo por no creer". Su último trabajo fue el cicloide, la curva trazada por un punto en la circunferencia de un rollo circular.

Pascal murió a la edad de 39 años, después de sufrir un dolor intenso debido al crecimiento de un tumor maligno en su estómago que luego se le propagó al cerebro.

## **Pascal, Blaise**

Por Santiago Fernández Burillo

### **“El corazón tiene razones que la razón no conoce”**

Hijo de un magistrado culto y abierto a la novedad científica que lo educó con su estímulo personal en su rica biblioteca. Talento precoz, su "trastada" infantil fue descubrir por sí solo la 32 primeras proposiciones de la Geometría de Euclides, cuando su padre le había cerrado bajo llave los libros de matemáticas, para que se aplicara al griego y al latín.

A los 12 años estudia la propagación del sonido y a los 16 redactó el Ensayo sobre las cónicas (1640) en que reduce a una sola fórmula las líneas curvas. A los 19 años inventó una máquina de calcular. En 1648 verificó el barómetro de Torricelli, la inexistencia del vacío y el principio que lleva su nombre. Desde su primera juventud frecuenta el trato de matemáticos e intelectuales y se encontró en dos ocasiones con Descartes.

Pascal no es cartesiano: la geometría es perfecta y lo ideal sería demostrarlo todo, sí, pero se basa en afirmaciones

indemostrables. En el ensayo *De l'esprit géométrique* hace ver que la matemática es sólo "una parte" de la razón. El espíritu de geometría, exacto y riguroso, demostrará un teorema, pero no la existencia del mundo donde se cumple, con colores y cualidades. La mente es también finura (*esprit de finesse*). Descartes limitó la razón a cálculo, Pascal reivindica la observación. Descartes hizo de la duda y la desconfianza su método; Pascal restablece la importancia de los pequeños: vemos un poquito más allá, a espaldas de los que nos precedieron. "La Sabiduría nos envía de nuevo a la infancia: Hacedos como niños. No hay nada tan conforme a la razón como esa desaprobación de la razón", dice Pascal.

Deja la frivolidad de los salones y la vida social del París galante del siglo XVII por una conversión religiosa muy honda, se retira con los solitarios de la abadía de Port-Royal, cerca de París, y se une a la defensa del jansenismo, condenado por Inocencio X (1653), escribe las *Provinciales* y sus *Escritos* sobre la gracia: es necesaria la gracia para obrar bien, no basta la libertad; eso estaba más cerca de Lutero que del Concilio de Trento. Pero su intuición es brillante: si añadir puntos a una línea jamás dará un plano, y sumar planos al plano no hace volumen, así lo natural está infinitamente por debajo de lo sobrenatural. Proyectó una apología del Cristianismo, dirigida a persuadir a los libertinos con quienes se identificó un tiempo, pero murió dejando multitud de fragmentos que, reunidos bajo el título de *Pensamientos*, se publicaron póstumamente y constituyen una de las cimas de la literatura francesa y del pensamiento moderno. Hay allí un pensador inclinado a admirar, no a dominar: "El silencio eterno de esos espacios infinitos me sobrecoge". La nueva imagen del universo le obliga a meditar: "¿Qué es un hombre en el infinito?" "Una nada frente al infinito, un todo frente a la nada, un medio entre la nada y el todo. Infinitamente alejado de comprender los extremos, el fin de las cosas y su principio le están invenciblemente ocultos en un secreto impenetrable...". Pascal restituye el sentido del misterio que con Descartes se había desdibujado.

El pensar constituye la grandeza del hombre: "El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero una caña pensante. No es preciso que el universo entero se alce para aplastarlo: un vapor, una gota de agua bastan para matarlo. Pero aun cuando el universo lo aplastara el hombre sería todavía más noble, porque sabe que muere...; el universo no sabe nada de eso". La más alta de la razón es conocer su debilidad: "La grandeza del hombre es tan visible que se deduce de su miseria".

"Miseria del hombre sin Dios". La avidez de diversiones nace del vacío interior; la vida es agitación, querellas, ambiciones, pasiones: "Toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa: el no saber quedarse solos en una habitación".

### **Conócete a tí mismo**

"Las ciencias tienen dos extremos que se tocan. El primero es la pura ignorancia natural, en que se encuentran todos al nacer. El otro es aquel a donde llegan las grandes almas, que, habiendo recorrido todo cuanto los hombres pueden saber, encuentran que no saben nada, y vuelven a encontrarse con aquella misma ignorancia de donde habían partido; pero es una ignorancia sabia, que se conoce a sí misma"

"El rey está rodeado de gentes que no piensan sino en divertir al rey y le impiden pensar en sí mismo. Porque por muy rey que sea, es desgraciado si piensa en él".

### **La apuesta**

¿Existe Dios o no existe? Si la razón no lo decide, hay que apostar a cara o cruz.

Negarse a apostar sería apostar que no existe: "esto no es voluntario, estáis embarcados"

"Veamos. Puesto que hay el mismo riesgo de ganancia que de pérdida, si no tuvierais que ganar sino dos vidas por una, podrías comprometer algo; pero si hubiera tres que ganar, habría que jugar (estáis en la necesidad de jugar), y seríais imprudente si, estando forzado a jugar, no aventurarais vuestra vida para ganar tres... Y aquí hay una infinidad de vida feliz que ganar, un azar de ganancia infinita contra un número finito de azares de pérdida, y lo que hagáis es finito. Esto decide la partida: dondequiera intervenga el infinito,... no hay vacilación posible. Hay que darlo todo".

### **OTRA VERSIÓN ACERCA DE PASCAL**

Blas Pascal nació el 19 de junio de 1623 en Clermont, hoy Clermont Ferrand, en el seno de una familia acomodada, no precisamente de la nobleza, pero sí de la alta burguesía, con acceso directo a las más altas esferas sociales y políticas, como podrá verse en el discurso de su vida, la cual no llegó ni a los cuarenta años, pues murió en 1662. Su padre Esteban Pascal, un padre amorosísimo pero sin la menor idea pedagógica, se empeñó, y no por tacañería, sino por creer que era lo mejor, enseñar a su único hijo varón por sí mismo, por lo que el niño y luego el joven Blas no concurrió jamás a ninguna escuela. De ahí que, en términos generales, y sobre todo tal vez en historia y filosofía, su formación haya sido de lo más deficiente. En lo único en que fue excelente, fue en matemáticas, en geometría -sobre todo, y esto porque el adolescente genial pudo completar por sí mismo los rudimentos recibidos del padre. El que por sí mismo haya llegado, según va la leyenda, a la trigésimo segunda proposición de Euclides, ofrece perfiles cuestionables, pero hasta hoy parece verdadera en lo sustancial. Lo que en todo caso no puede cuestionarse es que Pascal, sin ninguna o escasa relevancia en filosofía, conquistó desde el principio renombre de gran matemático.

La pésima escolaridad de Pascal, por otra parte, no dejó de contribuir, bajo otro aspecto, a su formación más íntima y a su ejemplarismo en la historia de las ideas. Si Pascal no aprendió nada de nadie, lo encontró todo, en cambio, en sí mismo, con lo que no hizo sino refrendar la mayéutica socrática, según la cual el conocimiento verdadero no es ninguna verdad prefabricada, sino el parto vital del espíritu. "Saber de memoria no es saber" (*savoir par coeur n'est pas savoir*) dijo Montaigne, a quien tanto leyó Pascal. En confirmación de lo cual, copiaré esta página de Fortunato Strowski:

"Muchas lagunas tuvo la educación de Pascal. El pasado no se reconstruye sino que se aprende, y Pascal no lo aprendió nunca. La educación solitaria acostumbra al espíritu a considerar cada idea adquirida como una obra personal y como un descubrimiento. En cualquiera de sus escritos, Pascal tiene siempre en sus labios el grito de Cristóbal Colón al descubrir América... De otra parte, sin embargo, al inquirir por la razón de todos los efectos, el autodidacto hácese sutil y penetrante, y se habitúa a llevar su propio pensamiento hasta el fondo. No acepta ideas prefabricadas ni hábitos intelectuales impuestos, y está libre de las constricciones tradicionales y sociales que rigen por igual en el mundo de los cuerpos y en el de los espíritus. He ahí a Pascal todo entero. El lector de los *Pensamientos* ha de estar reconocido al digno magistrado que educó tan bien a su hijo al educarlo tan mal."\*

Pascal prosigue así, por sí solo, su brillante carrera científica.

A los dieciséis años compone en latín el *Tratado de las secciones cónicas* que asombró a Descartes, y a los dieciocho inventa la máquina aritmética, precursora, al parecer, de las computadoras actuales. Cuando la tuvo lista, después de un trabajo ímprobo que lo dejó agotado y que repercutió gravemente en su salud, procedió a enviarla a la reina Cristina de Suecia, a la cual, como es bien sabido, le agradaba verse rodeada, cerca o lejos, de los mejores ingenios de Europa. A Descartes, por cierto, le costó la vida el favor real.

En la carta que Pascal dirigió a la soberana al mandarle su máquina, tropezamos con el párrafo que transcribimos por creerlo de interés:

"Lo que me ha llevado a haceros este envío es la unión que hay en Vuestra Majestad de dos cosas que me llenan igualmente de admiración y respeto, y que son la autoridad soberana y la sólida ciencia. Tengo, en efecto, una veneración muy particular por aquellos que han sido elevados al rango supremo, o de potencia o de ciencia. Los últimos pueden, si no me engaño y no menos que los primeros, pasar por soberanos... El poder de los reyes sobre los súbditos no es, a lo que me parece, sino una imagen del poder de los espíritus sobre los espíritus que les son inferiores. Y este segundo imperio paréceme tanto más elevado cuanto que los espíritus son de un orden más elevado que los cuerpos, y tanto más justo cuanto que no puede compartirse o conservarse sino por el mérito, mientras, que el otro puede serlo por el nacimiento o por la fortuna."

Dudo mucho que a la reina le haya gustado el párrafo anterior, porque lo que viene a decirle Pascal, en fin de cuentas, es que él es el sol, y ella apenas la luna, y por todo lo que sabemos, nunca fue invitado a la corte de Estocolmo. Y ni falta que le hizo, porque Pascal fue siempre un espíritu soberanamente libre. Después de Dios, lo que más amó fue la inteligencia, conforme al verso de nuestro vate jarocho:

*Dios sobre todo, y sobre todo lo demás, la idea.*

No estará por demás recordar, en esta hora sombría de postración de la inteligencia, la apoteosis del espíritu y del pensamiento en las páginas pascalianas. Espiguemos al azar y ponderémoslo.

"El pensamiento constituye la grandeza del hombre". *Pensée fait la grandeur de l'homme.*

"Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento."

*Toute notre dignité consiste donc en la pensée.*

"El hombre no es sino una caña, la más endeble de la naturaleza, pero es una caña que piensa." *L'homme n'est qu'un roseau, le plus faible de la nature, mais c'est un roseau pensant.*

"Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas, la tierra y sus reinos, no valen lo que el menor de los espíritus, porque éste conoce todo aquello y a sí mismo, y los cuerpos, nada."

Son pensamientos maravillosos, y sin embargo nos falta aún lo mejor, que es la subsunción de todos ellos en el triple orden de los cuerpos, los espíritus y la caridad, descrito al final de los *Pensamientos*, y del que, por su belleza y profundidad, trasladamos los párrafos esenciales:

"La distancia infinita entre los cuerpos y los espíritus figura la distancia infinitamente más infinita entre los espíritus y la caridad, por ser ésta sobrenatural.

"Todo el esplendor de las grandezas no tiene lustre para las gentes que se hallan en las investigaciones del espíritu.

"La grandeza de las gentes de espíritu es invisible para los reyes, para los ricos, para los capitanes, para todos los grandes de la carne.

"La grandeza de la sabiduría, que es nula si no es de Dios, es invisible para los carnales y para las gentes de espíritu. Son tres órdenes de diferente género.

"Los grandes genios tienen su imperio, su esplendor, su grandeza, su victoria, su lustre, y no tienen ninguna necesidad de las grandezas carnales, con las que no tienen ninguna relación. Son vistos no de los ojos, sino de los espíritus, y basta.

"Los santos tienen su imperio, su esplendor, su victoria, su lustre. Y no tienen ninguna necesidad de las grandezas carnales o espirituales, con las que no tienen ninguna relación, porque ni quitan ni ponen. Son vistos de Dios y sus ángeles, y no de los cuerpos ni de los espíritus curiosos. Dios les basta."

En máximas como éstas o en otras semejantes que pululan en la obra pascaliana, se inspiró Max Scheler para fundamentar la escala axiológica que va en este orden ascendente: valores vitales, valores espirituales y valores religiosos, y que corresponden fielmente a los tres órdenes que se nos han dado con tal carácter en la cita anterior. Los fragmentos transcritos son, además, aun si prescindimos del fondo, un prodigio de forma. Ahora bien, y según se reconoce generalmente, por tirios y troyanos, el estilo de los *Pensamientos* no hace sino prolongar el estilo de las *Provinciales*, que hoy no se leen más con ánimo filosófico o teológico, pero sí como obra de arte.

Bastará con citar a este respecto el testimonio de Voltaire:

"El primer libro de genio que apareció en prosa fueron las *Cartas provinciales*. Todos los géneros de elocuencia están allí encerrados. No hay una sola palabra que, desde hace un siglo, se haya resentido del cambio que tan a menudo altera las lenguas vivas. A esta obra hay que atribuir la fijación de la lengua." (*Siècle de Louis XIV.*)

Este juicio, comenta por su parte Sainte-Beuve, tiene fuerza de ley.

Desde la primera provincial se nos cuenta que su efecto fue tan fulgurante, que al canciller de Francia le sobrevino una apoplejía en acabándola de leer, y que fue preciso sangrarlo hasta siete veces para salvarle la vida. Y este trastorno le venía simplemente de que el drama de la salvación personal, que hasta entonces lo había leído en libros escolásticos que se caían de aburridos, lo veía ahora de manera inmediata que le representaba al hombre concreto encarándose con Dios en la dialéctica trágica de la gracia y la libertad.

Pues otro tanto pasa con los *Pensamientos*, meros fragmentos escritos al azar y de prisa, pero de los que sin embargo estamos hasta hoy colgados, como de los fragmentos de Heráclito, bebiéndoles su secreto y su transporte. Y sobre todo tal vez en los fragmentos más elaborados, como en *El misterio de Jesús*, para mí lo mejor que nos dejó Pascal, y que no es sino la noche de Getsemaní, la hora más trágica de Cristo, más aún que las tres horas de la cruz, cuando ya estaba abandonado a lo irremediable.

¿De dónde, una vez más, esta prosa incomparable? Del genio simplemente, se dirá. Está bien, por supuesto, pero aun del genio pueden indagarse las fuentes, aunque reconociéndole a él en exclusiva la síntesis final. De otro modo, en efecto, no habría literatura crítica de los genios mayores de la cultura occidental: Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare y Goethe.

En lo que concierne a Pascal, Fortunato Strowski apunta a tres fuentes de su estilo, que serían la geometría, los salones y Montaigne.

La geometría se comprende, o más bien, si se quiere, las matemáticas en general, que Pascal englobaba, quién sabe porqué, bajo el nombre de geometría, por los hábitos que desarrolla de rigor y claridad, y que con el tiempo pasan del matemático al escritor, por más que haya olvidado las matemáticas, todo lo cual persevera hasta el día de hoy. En Pascal, además, la pasión por la geometría no le abandona nunca, no obstante su tránsito, como en Sócrates, al estudio del hombre.

Lo de los salones, en cambio, hay que ponderarlo más despacio en este país en que vivimos, de donde ha desaparecido por completo el arte de la conversación. Mis últimos recuerdos de su ejercicio remontan a los Contemporáneos: Café Tacuba, cafés de Gante y barandal de Prendes, donde Genaro Estrada tomaba el fresco de la noche con sus amigos, antes de entrar a degustar una colación cualquiera.

En Francia, por el contrario, el salón, presidido de ordinario por una gran dama, ha sido desde tiempos inmemoriales el hogar del buen gusto, de la galantería y de la eclosión del espíritu. No sé de ningún escritor francés que en algún momento de su vida no lo haya frecuentado, y si lo dejaron habrá sido por motivos patológicos, como Proust por su asma.

Pascal, por su parte, nacido no en la nobleza, pero sí en la alta burguesía, tuvo acceso natural, sin la menor necesidad de implorarlo, a los más altos medios, a la corte de Versalles en primer lugar, a la presencia, por tanto, de Luis XIII y Luis XIV. Frecuentó, siendo apenas un adolescente, la academia de ciencias, de hecho y aun antes de asumir el nombre, presidida por el padre Mersenne, y donde se reunían los mejores ingenios, ente ellos Descartes. Y en lo que hace a los salones propiamente dichos, Pascal frecuentó sobre todo los de Mme de Sablé y Mme de Longueville. Fue, como lo reconocen todos, su época mundana, y no porque se hubiera enredado en aventuras galantes (por lo menos nada nos consta a este respecto) sino por haber aspirado a pleno pulmón aquel ambiente de refinamiento en el pensar y en el decir. "El espíritu y el sentimiento, dirá más tarde el propio Pascal, se forman por las conversaciones. El espíritu y el sentimiento se estragan por las conversaciones. Así, las buenas o las malas lo forman o lo estragan. Lo que más importa es, pues, saber escoger, para formarlo y no estragarlo."\*

Las buenas conversaciones del tiempo de Pascal formaron su espíritu y su sentimiento, y adiestraron su estilo, y las malas, en cambio, las que hoy por hoy tenemos nosotros, las de cantina y discoteca, las únicas que nos quedan, pervierten entre nosotros el espíritu y el sentimiento.

La época mundana de Pascal conjeturo que habrá terminado con la noche extática y mística del *Memorial* (1654) cuando Pascal se vuelve totalmente a Dios y no se cura más de las cosas terrenas.

La experiencia anterior, sin embargo, continúa impregnando su estilo, en su brío, en su ímpetu, en su desenvoltura, elementos que son tan visibles en los *Pensamientos* como en las *Provinciales*.

De las tres influencias antes enumeradas, la última que pesó definitivamente en el espíritu y el estilo de Pascal, fue Montaigne, a quien leyó y relejó incontables veces, y de quien aprendió la técnica de la observación de sí mismo, con el corolario, además, de que en el yo propio está la forma universal de la humana condición, según decía el propio Montaigne.

Como quiera que sea, y si bien hay todavía quienes le discuten más o menos a Pascal el título de filósofo (entre ellos Maritain, nadie menos) pero nadie le regatea, y a la cabeza de todos Voltaire, su prosa incomparable. Una prosa poética, además, en la cual es patente a menudo el encanto, la gracia y la música de su amigo y contemporáneo Jean Racine, como, para no ir más lejos, en el pasaje antes transcrito de los tres órdenes. Más aún, los críticos han detectado en los *Pensamientos* no sé cuántos alejandrinos o endecasílabos involuntarios, como en este verso asombroso de *El misterio de Jesús*:

*Il ne prie qu'une fois que le calice passe...*

Versión, como salta a la vista, de las palabras de Jesús en la oración del huerto: "Padre, si es posible aparta de mí este cáliz", pero dichas por una sola vez.

De poeta a poeta, por lo demás, han de justificarse estas apreciaciones, y por esto cerramos estas reflexiones con las palabras de Paul Claudel, quien en repetidas ocasiones habló de Pascal como ejemplo de poesía en prosa, como en este pasaje:

"Pascal nos hace oír esta prosa maravillosa impregnada por entero y hasta en sus fibras más secretas, como la madera pastosa y seca de un Stradivarius, del son inteligible... Todos los recursos de la incidencia, todo el concierto de las terminaciones, el más rico y sutil que pueda darse en lengua alguna del mundo, han sido al fin plenamente utilizados. El principio de la rima interior y del tono dominante se desarrolla con una riqueza incomparable de modulaciones."\*

De todos los pascalistas que conozco no hay sino Romano Guardini (*Christliches Bewusstsein, Versuche über Pascal*) que se haya atrevido a decir que a Pascal le es por completo extraño el arte, y sobre todo la música. Y lo que pasa es que Guardini, alemán al fin, enfoca a Pascal con lente kafkiano o kierkegardiano, sin darse cuenta, además, de que los *Pensamientos* no son un diario íntimo, y que su autor, por ende, no tenía por qué hablarnos de su gusto por la música o por la danza, de todo lo cual habrá quedado bien imbuido a su paso por los salones. Por último, y a quien tenga la noción mínima del ritmo y la armonía, habrá de serie patente el alma musical de Pascal en composiciones como *Le mystère de Jesús* y el discurso sobre los tres órdenes, el primero un himno al dolor, y el segundo un himno triunfal del espíritu y de lo que está más allá del espíritu.

Con el deseo de comunicar algo de Pascal al público en general, lo que quiere decir al público iletrado o semiletrado, lo mejor me pareció, y sobre todo en este momento del cambio político, trasladar aquí mi humilde versión de los *Tres discursos sobre la condición de los grandes*. Los grandes de este mundo, ya se entiende, y muchos de los cuales realmente no lo son, como aquel Grande de España que a Sancho se le antojaba tan pequeño.

Trátase, en primer lugar, de un discurso laico (cosa rara en Pascal) donde el nombre de Dios no aparece sino contadas veces, para designar la última fuente del poder político, como en todos los escritores de la época. Toda la fuerza del discurso, todo su vigor argumentativo, está cifrado en la distinción clásica, que nos viene de la sofística, ente la *fisis* y el *nomos*, entre la naturaleza y la convención, con todas las consecuencias que de ello resultan en el titular del poder político.

Sin ánimo de disputarle ninguna originalidad a Pascal, el tema estaba en el orden del día, y sobre todo en el declinio del Rey sol, cuando todos se preguntaban cómo podría educarse al Delfín, para que no reinara como un monarca absoluto sobre un reino de la importancia y potencia de Francia. A la muerte de Pascal, Nicole publicó un *Tratado sobre la educación de un príncipe*, y en general proliferaba esta literatura, como en España la de obras que ostentaban títulos semejantes, como los de *Reloj de príncipes*, *Norte de príncipes* o *Regimiento de príncipes*, y seguramente nos quedamos cortos en esta o semejante nomenclatura.

A este género, pues, pertenecen los tres discursos que parece haber pronunciado Pascal en presencia del joven duque de Chevreuse, a quien su padre, el duque de Luynes, había confiado a la comunidad de Port Royal. La redacción final se cree que fue hecha por Nicole, que se hallaba presente, y como haya sido nadie duda hoy en tenerlos, como de la autoría de Pascal, al contrario de otros que se tienen por apócrifos, como el *Discurso sobre las pasiones del amor*.

Aparte de su perfección formal, los discursos representan un documento notable en la evolución del pensamiento democrático y los derechos del hombre. En el primer discurso, pulveriza Pascal la idea de un derecho natural al mando, o como se dirá después, el derecho divino de los reyes. Lo que bajo este nombre pretende cohonestarse no es sino fruto del azar, de encuentros fortuitos, de enlaces afortunados y de la fantasía de las leyes humanas.

"Vuestra alma y vuestro cuerpo, dice Pascal al joven príncipe, son de suyo indiferentes al estado de batelero o al de duque. No tenéis nada por vos mismo que os encumbre sobre los demás." La verdad fundamental es la de la "perfecta igualdad entre todos los hombres."

En el segundo discurso vuelve Pascal sobre la distinción, ya expresada en su carta a Cristina de Suecia, entre las grandezas convencionales (*d'établissement*) y las grandezas naturales, la distinción, una vez más, entre *fisis* y *nomos*. Las primeras grandezas son todas ficticias, y sólo las segundas reposan sobre una superioridad real: ciencia, inteligencia, virtud o fuerza. Cuando el príncipe carece de cualquiera superioridad natural, habrá que despreciarlo interiormente por la bajeza de su espíritu (*le mépris intérieur pour la bassesse de votre esprit*) aunque rindiéndole exteriormente el homenaje debido a su superioridad convencional.

En el tercer discurso, en fin, hay al final una súbita irrupción del orden sobrenatural, el de la caridad (recuérdese el discurso de los tres órdenes) de lo que resulta la aparente contradicción o incongruencia de que no dejará de

condenarse (sic) quien se atenga a los consejos enunciados en los dos discursos anteriores. No me siento capaz de disolver la contradicción, y me limito a sugerir que la explicación podría estar en el jansenismo de Pascal, conforme al cual las virtudes naturales no tienen valor alguno en la economía de la salvación. Lo digo como lo siento, sin haber visto confirmada esta exégesis en parte alguna. Sería una expresión más del sobrenaturalismo exagerado de los solitarios de PortRoyal.

En conexión con los tres discursos estaría el fragmento de los *Pensamientos* (Br. 331) que nos limitamos a trasladar:

"Si Platón y Aristóteles escribieron de política, fue como para arreglar un hospital de locos, y si aparentaron hablar de ello como de una gran cosa, es que sabían que los locos a quienes hablaban, pensaban ser reyes y emperadores."

De los *Discursos* resulta, por último el retrato de Pascal, un retrato moral, se entiende, de su personalidad. Podemos concurrir con Mauriac en destacar en él su desmedido orgullo (*nul n'a possédé plus fortement que Pascal la certitude de son excellence*) sólo que en este orgullo entra, tanto como la conciencia de su supremacía intelectual, la ufanía de su libertad. Pascal fue un hombre supremamente libre, como lo hace ver, para no ir más lejos, el lenguaje que usa con los grandes de este mundo. De acrisolada religiosidad, Pascal no, quiso, sin embargo, abrazar el estado eclesiástico; y en lo que toca a otras conexiones, está hoy perfectamente claro que nunca fue miembro de la comunidad de PortRoyal. Convivía con ellos, es verdad, pero salía cuando le venía en gana; iba y venía de París sin dar a nadie ninguna razón de sus pasos. Por último, y en la suprema confrontación con Roma en la querrela jansenista, Pascal apeló a Jesucristo por encima de su vicario, según lo dejó escrito: "Si Roma condena mis cartas (las Provinciales) lo que yo condeno lo condena el cielo. *Ad tuum, Domine Iesu, tribunal appello.*"

En las circunstancias actuales es seguro que Pascal habría estado con Marcel Lefebvre, y que habría refrendado el verso de su amigo Pierre Corneille, que con el tiempo hará suyo Gabriel Marcel:

*Rome n'est plus dans Rome, elle est toute ou je suis.*

Pascal murió el 19 de agosto de 1662, a la edad de 39 años. La obra que dejó inédita, los *Pensamientos*, es, no obstante su carácter inacabado y fragmentario, una de las obras mayores de la literatura universal.

### **Primer Discurso\***

\*La traducción de los Tres discursos es obra de Antonio Gómez Robledo.

Para entrar en el verdadero conocimiento de vuestra condición, consideradla en esta imagen.

Un hombre fue arrojado por la tempestad a una isla desconocida, cuyos habitantes afanábanse por encontrar su rey, que se había perdido; y como el náufrago tuviera gran semejanza en su cuerpo y en su rostro con el rey, tomáronlo por él, y en esta calidad fue reconocido por todo el pueblo. En cuanto a él, no sabiendo qué partido tomar, resolvióse al fin por prestarse a su buena fortuna. Recibió todos los respetos que quisieron rendirle y dejése tratar de rey.

Mas como no podía olvidar su condición natural, pensaba, al par que aceptaba aquellos respetos, que no era el rey que el pueblo buscaba, y que no le pertenecía el reino. Tenía así un doble pensamiento: uno por el que actuaba como rey, y el otro por el que reconocía su verdadero estado, y que no era sino el azar el que le había puesto en el lugar en que estaba. Este último pensamiento lo encubría, y descubría el otro. Por el primero trataba con el pueblo, y por el último trataba consigo mismo.

Por un azar no menor que el del hombre que de repente se encontró ser rey, poseéis las riquezas de que sois dueño. De vos mismo y por vuestra naturaleza, no tenéis sobre aquello ningún derecho, no más que aquél; y no solamente no os encontráis primeramente como hijo de un duque, sino que no habéis venido al mundo sino por una infinidad de azares. De un matrimonio dependió vuestro nacimiento, o por mejor decir, de todos los matrimonios de aquellos de quien descendéis. Y estos matrimonios ¿de quién a su vez dependen? De un encuentro fortuito, de un discurso al viento, de mil ocasiones imprevistas.

Vuestras riquezas, a lo que decís, os vienen de vuestros ancestros, pero no es sino por mil azares como vuestros ancestros las han adquirido y conservado. ¿Podéis imaginaros que por alguna ley natural hayan pasado estos bienes de vuestros antepasados a vos mismo? No hay verdad en esta apreciación. Este orden no reposa sino en la voluntad de los legisladores, los cuales habrán podido tener buenas razones, pero ninguna tomada de un derecho natural que tuvierais sobre estas cosas. Si les hubiera venido en gana ordenar que estos bienes, después de haber sido poseídos por vuestros padres durante su vida, a su muerte volvieran a la república, no hubierais podido tener el menor motivo de queja.

De suerte, pues, que todo el título por el que poseéis vuestro bien, no es un título de naturaleza, sino de una constitución humana. Un giro distinto de imaginación en quienes hacen las leyes, os hubiera dejado pobre; y no es sino esta inclinación del azar la que os ha hecho nacer al amparo fortuito de las leyes que os han sido favorables, y que os han puesto en posesión de todos estos bienes.

No quiero decir que no os pertenezcan legítimamente, o que esté permitido a otro arrebataroslos, ya que Dios, señor de todos ellos, ha permitido a las sociedades hacer leyes para su repartición, y una vez que estas leyes han sido establecidas, es injusto violarlas. Es esto lo que os distingue en algo del náufrago que no habría poseído su reino sino por el error del pueblo, ya que Dios, no habiendo autorizado aquella posesión, le habría obligado a

renunciar a ella, al paso que autoriza la vuestra. Mas lo que os es en todo común con él, es que el derecho que tenéis sobre aquello, no tiene mayor fundamento del que tiene aquél, por no consistir en ninguna calidad o mérito de vuestra persona, y tal que os haga digno de aquella posesión. Vuestra alma y vuestro cuerpo son de suyo indiferentes al estado de batelero o al de duque, y no hay ningún vínculo natural que les adscriba a una condición más bien que a otra.

Pues de todo esto ¿qué se sigue? Que debéis tener, como el hombre del que hablamos, un pensamiento doble: que si actuáis al exterior con los hombres según vuestro rango, debéis reconocer, por un pensamiento más oculto pero más verdadero, que por naturaleza no tenéis nada por encima de ellos. Si el dictamen público os eleva por encima del común de los hombres, que el otro, el que lleváis escondido, os abaje y os tenga en una perfecta igualdad con todos los hombres, por ser vuestro estado natural.

El pueblo que os admira no conoce quizás este secreto. El pueblo cree que la nobleza es una grandeza real y considera a casi todos los grandes como siendo de una naturaleza distinta de los demás. No le descubráis este error, si así os place, mas no abuséis insolentemente de esta elevación, y sobre todo no queráis desconocer a vos mismo pensando que vuestro ser tiene algo más elevado que el de los demás.

¿Qué diríais del hombre aquel que hubiera sido hecho rey por error del pueblo, si viniera a olvidarse a tal punto de su condición natural que se imaginara que se le debía el reino, que lo merecía y le pertenecía de derecho? ¿No quedaríais pasmado de su necedad y locura? Pero entre las personas de categoría, ¿no hay también las que viven en este extraño olvido de su estado natural?

¡Ojo a tan importante aviso! Pues todos los arrebatos, toda la violencia y toda la vanidad de los grandes vienen de que no conocen en absoluto lo que son. Difícil cosa es, en efecto, que quienes se miran en su interior como iguales a todos los hombres, y que estén bien persuadidos que en sí mismos no tienen nada que merezca las menudas ventajas que les ha dado Dios por encima de los demás, puedan tratarlos con insolencia. Para actuar de este modo tendrá uno que olvidarse de sí mismo y creer que se tiene alguna excelencia real por encima de aquéllos, en lo cual consiste la ilusión que trato de describiros.

### **Segundo Discurso.**

Es bueno, Señor, que sepáis lo que se os debe, a fin de que no pretendáis exigir de los hombres lo que no os es debido. Sería esto, en efecto, una evidente injusticia, y es, sin embargo, muy común a los de vuestra condición, porque ignoran la naturaleza de la misma.

Hay en el mundo dos especies de grandezas, y que son las grandezas de constitución y las grandezas naturales. Las grandezas de constitución dependen de la voluntad de los hombres, que han creído con razón deber honrar ciertos estados y rodearlos de ciertos respetos, y de este género son las dignidades y la nobleza. En un país se honra a los nobles y en otro a los villanos; en éste a los mayores y en aquél a los menores, ¿Por qué así? Pues porque así lo han decidido los hombres. La situación era indiferente antes de la constitución, y después de la constitución deviene justa, porque es injusta su alteración.

Las grandezas naturales son aquellas que son independientes de la fantasía de los hombres, porque consisten en las cualidades reales y efectivas del alma o del cuerpo, y tales que toman la una o el otro más estimable, como las ciencias, la luz del espíritu, la virtud, la salud, la fuerza.

Algo debemos a la una y a la otra de estas grandezas; pero como son de una naturaleza diferente, debémosles también respetos diferentes.

A las grandezas de constitución debémosles respetos de constitución, es decir ciertas ceremonias exteriores que deben ser, sin embargo acompañadas, según la razón, de un reconocimiento interior de la justicia de este orden, sin que por ello nos hagan concebir alguna cualidad real en aquellos que de este modo honramos. A los reyes hay que hablarles de rodillas, y estar de pie en la sala de los príncipes, y sería una necedad y una bajeza de espíritu el rehusarles estos deberes.

Mas en lo que ve a los respetos naturales que consisten en la estimación, no los debemos sino a las grandezas naturales, y debemos al contrario desprecio y aversión a las cualidades contrarias a aquellas grandezas naturales. No hace falta que, por ser vos duque, os tenga en estima; lo único que hace falta es que os salude. Si sois duque y hombre de bien, cumpliré con lo que debo a una y otra cualidad. No os escatimaré las ceremonias que merece vuestra calidad de duque, ni la estima que merece la de hombre de bien. Mas si fuereis duque sin ser hombre de bien, os haré aún justicia, porque al par que me descargo de los deberes exteriores que la institución humana ha vinculado a vuestra cuna, no dejaré de tener por vos el desprecio interior que merece la bajeza de vuestro espíritu. He ahí en qué consiste la justicia de estos deberes. Y la injusticia consiste en rendir los respetos naturales a las grandezas convencionales, o en exigir los respetos convencionales para las grandezas naturales. Si el señor X quiere pasar antes que yo, por ser un geómetra mayor que yo, le diré que de todo esto no entiende nada. La geometría es una grandeza natural que demanda por ello una preferencia estimativa, pero los hombres no le han atribuido ninguna preferencia exterior. Pasaré, pues, antes de él, y lo estimaré más que a mí mismo en su condición de geómetra. Pues de modo semejante, si siendo duque y par no os contentarais con que me tenga descubierto en vuestra presencia, sino que quisierais aún que os estimara, os rogaría yo que me mostrarais las cualidades acreedoras a mi estima. Si lo hicierais, tendréis la luego, ya que en justicia no podría rehusárosla. Mas si no lo

hicierais, no podréis demandármelo en justicia, y ciertamente no lo obtendréis, así fueseis el mayor príncipe del mundo.

### **Tercer Discurso**

Quiero haceros conocer, Señor, vuestra verdadera condición, por ser en este mundo la cosa que más ignoran las gentes de vuestro rango. ¿Qué es, a vuestro parecer, el ser gran señor? ¿Es el ser dueño de diversos objetos de la concupiscencia de los hombres, a fin de poder satisfacer a las necesidades y deseos de la mayoría? Pues son estas necesidades y deseos los que los arrastran a vuestro alrededor, y que hacen que se os sometan. Si por esto no fuera, ni siquiera os mirarían, y lo que esperan, por los servicios y deferencias que os rinden, es obtener de vos alguna parte de los bienes que desean, y de los que, por lo que ven, disponéis vos mismo.

Dios está rodeado de gentes llenas de caridad queje demandan los bienes de la caridad que están en su poder, por lo que es él propiamente el rey de la caridad.

Vos estáis igualmente rodeado de un pequeño número de personas sobre las que reináis a vuestro modo. Estas gentes están llenas de concupiscencia y os demandan los bienes de la concupiscencia, porque es la concupiscencia la que los vincula a vos. Sois así propiamente un rey de concupiscencia. Vuestro reino es de poca extensión, pero sois en esto igual a los grandes reyes de la tierra, al igual que vos mismo reyes de concupiscencia. La concupiscencia es el factor de su fuerza, es decir la posesión de las cosas que desea la avidez de los hombres. Conociendo empero vuestra condición natural, usad de los medios que os da y no pretendáis reinar por otra vía que por la que os ha hecho rey. No ha sido vuestra fuerza ni vuestra potencia natural la que ha hecho de estas personas vuestros súbditos. No pretendáis, pues, dominarlos por la fuerza ni tratarlos con dureza. Satisfaced sus justos deseos, aliviadles en sus necesidades, poned vuestro contento en ser su bienhechor, promovedlos en lo que podáis, y seréis así verdadero rey de concupiscencia.

Lo que os digo no va muy lejos, y si a ello os atenéis, no dejaréis de perderos, pero al menos os perderéis como hombre de bien. ¡Hay gentes que se condenan tan estúpidamente por la avaricia, por la brutalidad, por el libertinaje, por la violencia, por los arrebatos, por las blasfemias! El medio que os sugiero es sin duda más honesto, mas en verdad que es una gran locura condenarse, y por esto no hay que contentarse con aquello. Hay que despreciar la concupiscencia y su reino, y aspirar al reino de la caridad, donde todos sus súbditos no respiran sino caridad y no desean sino los bienes de la caridad. Otros, y no yo, os dirán el camino, y a mí básteme el haberos apartado de aquellas vías brutales por las que, a lo que veo, se dejan llevar muchas personas de vuestra condición, por no conocer bien el estado verdadero de esta condición.